Archivo Histórico de Jalisco Departamento de Investigación y Divulgación

Año XIII • Núm 38 • Septiembre 2018



Editorial • • • •	•	•	• •	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	• (	, 3
Línea del tiempo	•	•	•	• •	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	• (	. 4
La Guerra de Refo	orm	a 2	2 .	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	. 5





Dándole continuidad al anterior número; en esta entrega del Tiempo Jalisco nos situamos en los comienzos de la Guerra de Reforma; el bando conservador tomó la Capital de la República. Comonfort renuncia a la presidencia y entra en su remplazo el presidente de la Suprema Corte de Justicia, Don Benito Juárez, quien huye con su gabinete rumbo al norte del país con la esperanza de organizar al ejército republicano y darle la pelea a las fuerzas conservadoras al mando de Luis G. Osollo.

El Benemérito de las Américas instala su gobierno en Jalisco; creyéndose seguro en Guadalajara es sorprendido por sus enemigos; el oficial Antonio Landa, simulando ser fiel al gobierno constitucional, defeccionaba junto con su tropa a favor del Plan de Tacubuya y de inmediato apresa al presidente y a su gabinete. A punto estuvo de fusilar a Juárez si no interviene antes Guillermo Prieto; quien con una inspirada arenga detuvo la ejecución; al final el presidente y su gabinete fueron liberados gracias a las negociaciones de Jesús Camarena, gobernador interino del estado de Jalisco.

Tras ser derrotado en Salamanca, Anastasio Parrodi arriba a la ciudad con los restos de su ejército; a la par Landa la abandona con la intención de unirse a las fuerzas de Osollo vencedoras en Salamanca. En otro episodio memorable, Juárez y sus ministros salen de Guadalajara rumbo al puerto de Manzanillo; en el trayecto, de nueva cuenta se topan con Landa; quien los cerca en el poblado de Acatlán. Para fortuna de la causa liberal, el presidente y su comitiva logran evadir a los soldados conservadores saliendo sigilosamente durante la noche.

La Capital de Jalisco capitula ante el ejército de Osollo. Los liberales intentan recuperarle produciéndose una batalla donde cruzan las espadas el general conservador Miguel Miramón y el liberal, Santos Degollado. Batalla de resultado dudoso; la mayoría de los historiadores le dan la victoria a Miramón. Con este breve resumen, les expongo a nuestros lectores los contenidos del presente número de la revista El tiempo Jalisco invitándolos a leerla. En los próximos meses subiremos un tercer capítulo de esta serie dedicada a la Guerra de Reforma en Jalisco.

Quedo de ustedes.

Lic. Carmen Guadalupe Lomelí Molina

Directora del Archivo Histórico de Jalisco

# Linea del Tiempo



16 de febrero de 1858: llegó Juárez a Guadalajara



13 de marzo de 1858: defección de Antonio Landa



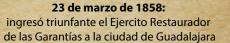
2 de junio de 1858: los ejércitos de Miramón y Degollado se enfrentan en la Barranca de Atenquique



Mayo del 1858: Juárez y su gabinete Ilegan al Puerto de Veracruz



18 de junio de 1858: muere el general conservador Luis G. Osollo





La Guerra de Reforma 2

#### Llegada de Juárez a Guadalajara

Asediado ejércitos por los conservadores, Juárez trasladó su gobierno al estado de Guanajuato. Estas tierras dominadas por el político y general liberal, Manuel Doblado fue el escenario de la primera gran batalla entre liberales y conservadores. Osollo marchó hacia Guanajuato para enfrentar a las fuerzas Anastasio Parrodi, general en jefe de los ejércitos constitucionalistas o liberales. Osollo concentró a sus efectivos en Apaseo. Parrodi reunió a su ejército, conformado por unidades de Jalisco y de estados limítrofes, en Celaya.

La proximidad de la batalla, hacían peligrosa la estancia del gobierno de Juárez en Guanajuato. Los liberales confiaban en el triunfo, sin embargo, un inesperado revés dejaría a merced de los conservadores al presidente y a todos sus ministros.

El 16 de febrero de 1858, llegó Juárez a Guadalajara junto con su comitiva, según nos narra en su diario el futuro representante del gobierno juarista ante Washington, Matías Romero. Romero menciona que el 15 del mes salieron de Guanajuato y el 16 despertaron en Tepatitlán. Al mediodía pasaron por

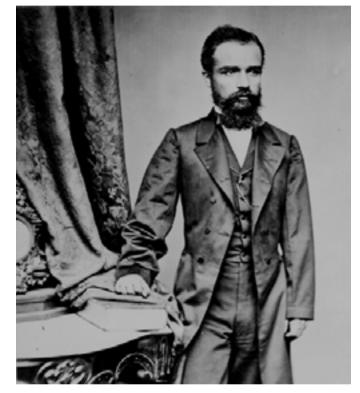


Foto del diplomático liberal Matías Romero

Zapotlanejo y de allí partieron a San Pedro. Por la tarde estaban ya en la capital tapatía (Romero, 2006, pág. 63).

En San Pedro, representantes de todos los poderes estatales recibieron al Benemérito y a su gabinete; los condujeron a palacio, donde el gobernador, Jesús Camarena, puso a su disposición el edificio para que con plena libertad lo convirtieran en sede temporal del gobierno federal.

Transcurría la segunda quincena de febrero y los ejércitos de Osollo y Parrodi aún seguían sin trabar combate. Las hostilidades quedaban reducidas a pequeñas y esporádicas escaramuzas. Juárez desesperó y mandó al general Santos Degollado al campamento de Celaya a destrabar, hasta donde le fuera posible, las operaciones militares.

Juárez y sus generales subestimaron a su adversario y lo más grave: tampoco advirtieron el peligro ni tomaron providencias respecto al otro enemigo, el que no daba la cara y actuaba con simulación. Nos referimos a los desafectos como Antonio Landa que ocultaban su bandera. Landa en varias ocasiones reiteró su fidelidad al gobierno constitucional; esta era una treta pues esperaba la ocasión propicia para adoptar el Plan de Tacubaya. Cuando éste llegó apresó a Juárez y a su comitiva. Tuvo éxito, de momento.

El peligro asechaba y los medios para afrontarlo eran escasos. Para defender la ciudad, el comandante militar de la plaza, el general José Silverio Núñez disponía de pocos soldados de línea (es decir de profesión) y de unos cuantos milicianos de la guardia nacional.

Las oficinas federales y el gobierno de Juárez quedaron instaladas en los salones de palacio, los cuales fueron previamente



Palacio de gobierno de Jalisco

acondicionados. Desde su nueva sede, el presidente empezó a despachar asuntos de índole administrativo; mas, su prioridad era la guerra. Eran momentos de gran expectativa pues parecía que el conflicto quedaría resuelto en Salamanca; lugar donde por fin estarían frente a frente los ejércitos de Osollo y Parrodi.

### La conspiración de Antonio Landa

Aunque los últimos gobernadores de Jalisco: Degollado, Parrodi y Camarena eran connotados liberales, en el estado, y sobre todo en Guadalajara, existía un nutrido grupo de militantes y simpatizantes del partido conservador. Para ellos, la estancia de Juárez era la oportunidad para hacer prosperar su causa capturando o eliminando al gobierno constitucionalista.

El cabecilla visible de los desafectos fue el coronel Landa. Aunque la participación del coronel fue sumamente activa y notoria, en realidad, de otros fue la iniciativa, como después veremos. Antes de pasar a las acciones militares, Landa aseguró el respaldo de muchos de su compañeros de armas haciendo circular entre ellos el Plan de Tacubaya y, de paso, les explicó por qué decidió respaldar el pronunciamiento.

Sin duda, no le fue difícil lograr la adhesión de muchos de sus colegas. Los generales y oficiales de carrera sentían un natural rechazo por la causa liberal y por la Constitución, pues ambas apuntaban a instaurar la igual ciudadana y pretendían acabar con viejos privilegios o prerrogativas de instituciones y grupos como el ejército.

El rechazo de los militares a la reforma lo compartían muchos clérigos. Sobre todo, la alta jerarquía eclesiástica encontraba a las nuevas leyes de un marcado tono anticlerical.



En opinión de Manuel Cambre, fueron dos clérigos de Guadalajara quienes organizaron la conspiración. Como cabeza del movimiento estaba el canónigo Rafael Homobono Tovar, lo secundaba el prior del Carmen, Fray Joaquín de San Alberto. Otros implicados eran los licenciados Manuel de la Hoz, José María Peón Valdés y Tomás Ruiseco. Este último publicaba el periódico la ilustración. También formaban parte de la conspiración Urbano Tovar, Manuel Mancilla y Felipe Rodríguez; ellos, como menciona

Cambre, con el auxilio del escribano Ramón Barbosa y el licenciado Miguel España, redactaban un periódico clandestino intitulado La Tarántula

La cercanía que tenía Landa con estos notables tapatíos levantó las sospechas de las autoridades locales y federales; el teniente coronel era íntimo amigo de Valdés; su lealtad era puesta en duda y pruebas o razones para desconfiar no faltaban; pues además estaba el hecho de sobra conocido de que Landa tenía un lazo político familiar (bastante estrecho) con una de los generales conservadores implicados en la insurrección de Zuloaga. Como menciona el historiador Manuel Cambre:

En el público y en los círculos militares de la guardia nacional, circulaban pareceres desfavorables a la lealtad del teniente coronel Antonio Landa, jefe del 5° de línea, asegurándose que mantenía secreta correspondencia con su suegro el general Castro, de los pronunciados de Tacubaya, relaciones, también partidarios secretas, con los activos del enemigo residentes en Guadalajara: el prior del Carmen Fray Joaquín de San Alberto, los abogados Miguel España y Felipe Rodríguez, el médico Joaquín Martínez y otros (Cambre, 2006, pág. 99).

El propio Anastasio Parrodi, antes de marchar hacía el Bajío a enfrentar al ejército de Osollo, cuestionó a Antonio Landa acerca de su lealtad y le dio la oportunidad, si era su deseo, de abandonar sin represalias la plaza para unirse al general J. Castro (su suegro) y al resto de los militares alzados. Parrodi no quería entre sus filas a hombres en quienes no pudiera confiar. Landa ofreció servir al gobierno constitucional poniendo como única condición no combatir contra su suegro.



Retrato del general Anastasio Parrodi

Las desconfianzas hacía Landa no quedaron despejadas, y el traslado del gobierno federal a Guadalajara reavivó los temores. El gobernador puso en alerta al presidente y al ministro de guerra, Melchor Ocampo, acerca de la deslealtad de Landa.

Le pidieron su opinión al general José

Silverio Núñez acerca de las sospechas que circulaban en torno a la posible traición del teniente coronel. El general confiaba en Landa y lo tenían en alta estima; su respuesta fue que: "tenía mucha confianza en el coronel Landa porque era un caballero, y que no había más motivos para desconfiar de éste que de sí mismo" (Verdía, 1952, pág. 8).

No sabemos con certeza si el general Castro dirigió o incitó las acciones de Landa o si el teniente coronel fue, como lo deja entre ver Cambre, el instrumento o ejecutor de los planes de los clérigos Tovar y San Alberto. Esta última posibilidad parece las más factible (y demostrable en términos históricos) y más si consideramos que cuando Landa se encontró más acorralado en palacio, lo escucharon quejarse de los "notables" tapatíos que lo animaron a pronunciarse prometiéndole un respaldo económico que por el momento no recibía.

Si actúo por decisión propia o si fue inducido, de lo que no hay duda, y la propia historia así lo consigna, es que Landa encabezó y dirigió personalmente el pronunciamiento que inició el 13 de marzo en un local que posteriormente albergó la Escuela de Jurisprudencia.

Ese mismo día llegó una carta extraordinaria, durante la madrugada, a la administración de correos, fechada el día 10 del mes en curso y dirigida al presidente.



Soldados de la Guerra de Reforma

Juárez recibió la noticia que menos deseaba y esperaba: el ejército comandado por Parrodi, que debía sofocar la insurrección, había sido vencido por las fuerzas dirigidas por el general conservador Osollo.

La misiva la mandó Degollado, quien, como ya mencionamos, había sido enviado por Juárez para motivar a Parrodi a que entrara en combate. El gobierno constitucionalista se puso alerta; los vencedores de Salamanca no tardarían en llegar. Con seguridad los conspiradores también conocieron el resultado de la batalla; de allí que decidieran ejecutar sus planes ese mismo día.

# Aprensión de Juárez y de su gabinete en la capital jalisciense

El historiador Pérez Verdía refiere que el presidente, desde las primeras horas del día 12 marzo, ya había sido notificado oficialmente acerca de la derrota sufrida por las armas liberales en Salamanca. Incluso fue advertido de las intenciones de Landa. Verdía menciona que Camarena, Dávila y Contreras Medellín lo instaron para que destituyera a Landa (Verdía, 1952, pág. 10). Juárez no procedió, quizás, para no provocar a Landa y propiciar así un pronunciamiento cuando las victoriosas tropas del general Osollo estaban al asecho.

El gobierno de Juárez pagó el exceso de prudencia; sin embargo, se tomaron algunas providencias. Por la noche, un retén de 50 hombres del Batallón Hidalgo, a las órdenes del capitán Casimiro Pérez Verdía, llegó a palacio a montar guardia.

Según las crónicas de la época, aquella no fue una noche tranquila para el presidente y sus ministros. Al desánimo de la derrota, los hombres de la reforma sumaban otro desconcierto: los rumores que señalaban a Landa de traidor. Pronto los rumores quedaron confirmados.



Ejército liberal estampa de la época

De mañana estaban en junta dándole lectura a una circular escrita por el ministro de la guerra; mientras tanto, Guillermo Prieto redactaba un manifiesto dirigido al país. Entregados a estas tareas, se presentó ante Juárez y sus ministros, Contreras Medellín a avisarles que sabían, de buena fuente, acerca de la defección de Landa y de su intención de tomar por asalto palacio.

Los pronósticos acerca de Landa se cumplieron; no obstante, el presidente quiso corroborar lo notificado por Contreras Medellín y envió al hombre que decía "meter las manos al fuego" por el desafecto teniente coronel: el general Núñez.

El general caminó las dos cuadras que distaban entre palacio y la universidad, cuyo edificio servía de cuartel al 5° batallón de soldados de línea. La tropa, en efecto, junto con su jefe, el teniente coronel Antonio Landa, se había pronunciado a favor del Plan de Tacubaya. Estaban armados y dispuestos a ir sobre Juárez. Núñez intentó abrirse paso entre los pronunciados buscando a Landa para encararlo y pedirle cuentas. Landa se encontraba cerca de la plazuela de la Universidad

El general le ordenó formar a sus hombres fuera del cuartel. Landa le respondió, empuñando una pistola de cilindro: "mi general estoy pronunciado" (Verdía, 1952, pág. 17). Núñez confió en Landa hasta al final y la mejor prueba fue que lo buscó solo. Las palabras de su protegido lo sacaron por completo de sus casillas. Lo intentó estrangular con sus manos. Un soldado, cuyas órdenes eran apresar al general, le disparó a quemarropa apuntándole en el pecho con su fusil. La bala topó con un excelente reloj de oro que le salvó la vida a Núñez, quien sólo recibió una fuerte contusión

Otro de los soldados lo golpeó con el cañón de su fusil y aturdido fue a dar contra el suelo. Tras la toma de palacio, lo trasladaron a este edificio donde pidió hablar con Juárez para expresarle su desasosiego por haber confiado en Landa. Se le confinó en la capilla de palacio bajo la mirada atenta de un centinela. Este fue su castigo por reprender a un guardia que cometió una descortesía con el presidente. Núñez lo increpó con estas palabras: "!soldado! este ciudadano es el primer magistrado de la nación, y debe tratársele con respeto". (Olveda, 2006: p. 132)



Retrato del político liberal Melchor Ocampo

El gobierno de Juárez fue tomado por sorpresa. Al 5° batallón le correspondía hacer el cambio de la guardia de honor que custodiaba palacio; éste se efectúo pasada las diez de la mañana; en el tránsito los



pronunciados aprovecharon para amotinarse. El cuerpo de guardia y la tropa de revelo, ambos pertenecientes al batallón de Landa, se lanzaron sobre la entrada de palacio al grito de "!Viva el ejército! ¡Muera la guardia nacional! ¡Muera la Constitución!".

Vencieron al pequeño contingente de guardia nacional que pasó la noche en palacio; le quitaron un cañón y sin más oposición, el hombre que comandaba a los pronunciados, el capitán Encarnación Peraza condujo a sus hombres a la planta alta del inmueble, donde encontraron y tomaron preso a Juárez.

Además del presidente fueron apresados los ministros Melchor Ocampo, León Guzmán, Manuel Ruiz entre otros funcionarios; Prieto decidido a correr la suerte del resto del gabinete, se entregó voluntariamente.

Cabe decir que este ministro, en especial, prestará semblante y palabras para que los futuros historiadores escribieran una de las estampas más memorables y heroicas de la memoria nacional.

## La batalla por Guadalajara: los liberales luchan por liberar a Juárez

La traición de Landa le rinde frutos a la causa conservadora; pudo haber sido esta la acción decisiva de una guerra que, por el contrario, duró tres años. Los insurrectos toman preso al presidente Juárez. Acto seguido, otro pelotón del 5° asaltó la cárcel pública situada en el costado sur de palacio. Vencieron al batallón de guardia nacional que la custodiaba a punta de bayoneta.



Templo de San Agustín

En breve tiempo, los pronunciados quedaron dueños de toda la manzana de palacio, la cárcel y de los almacenes de armamento y parque. Landa dejó una parte de su tropa en el edificio de la universidad y marchó a palacio llevando prisionero al general Núñez.

Poco tardó la respuesta de las armas liberales; a las diez y media, según testigos, se escuchó fuego de artillería y disparos que provenían de los templos de San Francisco y San Agustín.

Estos puntos fueron tomados por fuerzas leales al presidente. En San Agustín se encontraba el jefe político, Contreras Medellín, con el batallón "Hidalgo". Contreras Medellín, al salir de la presidencia municipal, vio pasar desde las puertas de la jefatura a las tropas de Landa que iban con rumbo a palacio. El gobernador, quien también estaba en la presidencia, alcanzó a ponerse a salvo custodiado por ocho hombres armados.

Por su parte, Contreras Medellín,

advirtiendo las intenciones de aquella tropa, marchó al convento de San Agustín, cuartel del batallón "Hidalgo", del que era coronel. Al momento dispuso que sus hombres tomaran posiciones en el templo anexo al convento, atrio y calles aledañas al palacio y ordenó que abrieran fuego contra los pronunciados.

Estas primeras acciones fueron desorganizadas y precipitadas; pero eficaces. Otros que presentaron combate a los pronunciados en aquellas primeras horas fueron:

El teniente coronel Antonio Álvarez con una sección del 1° de caballería permanente, en Santa María de Gracia, y los batallones de guardia nacional "Prisciliano Sánchez", del que era jefe accidental el teniente coronel Miguel Cruz-Aedo, y "Guerrero" mandado transitoriamente por el comandante Antonio Molina, cuyos cuarteles estaban en los conventos de San Francisco y del Carmen, respectivamente (Cambre, 2006, pág. 103).

Con todo, el número de efectivos disponibles para rescatar a los prisioneros era escaso: la mayor parte de las fuerzas estaban comprometidas en el ejército de Parrodi y la tropa que formaba los batallones de guardia nacional estaba en asamblea o licencia.

A pesar de la premura y falta de hombres, el primer ataque de los liberales impidió que los sublevados pudieran posicionarse mejor. Los hombres de Landa quedaron replegados en un



Catedral de Guadalajara

área que iba de palacio, pasando por Catedral y que se extendía unas cuantas cuadras más hasta el edificio de la universidad. Al teniente coronel no le sobraban los soldados, de tal suerte que para sostenerse tuvo que armar a 500 presos que excarceló y distribuyó en la azotea de palacio para que abrieran fuego contra los atacantes.

Los combates continuaron todo el día hasta la noche; 60 hombres había muerto peleando y de dos a tres civiles perecieron por el fragor de la batalla.

De los hombres capturados en palacio, Landa mandó liberar desde su llegada a unos 30 y continúo hasta las seis de la tarde del día 13, según Norberto Castro.

Landa, seguramente, no esperaba verse tan apremiado cuando decidió defeccionar. Llegaba la noche y el asedio a palacio no cesaba. Los liberales seguían descargando fuego de artillería y disparos de fusil principalmente de San Agustín y San Francisco.

El teniente coronel comprendió que para detener aquel ataque requeriría de medios no militares: como negociar una rendición o un cese al fuego. Además, debía actuar lo antes posible, pues de llegar los remanentes del derrotado ejército de Parrodi , él y sus soldados serían superados en hombres y recursos y sin duda vencidos.

A las once y media mandó a un oficial de apellido Peraza a pedirle a Juárez que ordenara la rendición de San Agustín. El presidente se negó con el mayor decoro y dignidad. Ante esta negativa, Landa decidió presentarse en persona ante Juárez; a cambio de la rendición le ofreció liberarlo. El presidente volvió a mostrarse impasible y con la mayor serenidad le respondió: "estando prisionero no puedo ni debo dar orden alguna" (Verdía, 1952, pág. 21)

Juárez supo mantener la calma; la bravura y decisión de sus rescatadores era para él una carta a ser jugada; sin duda, temía por su vida y la de sus compañeros; pero Landa estaba en la misma situación, además, tenía la ventaja de que la ayuda, a pesar del descalabro de Salamanca, venía en camino; muy pronto las superiores fuerzas de Parrodi entrarían en Guadalajara.



Retrato del Presidente Benito Juárez

Para ganar tiempo y darles descanso a las tropas leales, Juárez aceptó pactar un cese al fuego para iniciar negociaciones. Le ordenó al ministro de guerra le dirigiera la siguiente misiva a quien comandaba las fuerzas fieles:

Excmo. Señor: En nombre del Excmo. Señor Presidente suplicamos a V.E se digne hacer que se establezca un armisticio que debe durar hasta las ocho de la mañana del 19 del corriente, haciendo que las fuerzas del Estado obedezcan, para esto, las que les den sus jefes por el mando de V.E. (Cambre, 2006, pág. 105)

Las descargas de artillería y los disparos continuaron durante la noche y hasta las primeras horas de la mañana del domingo 14 de marzo. Las hostilidades no impidieron que prisioneros y pronunciados oyeran la misa dominical. El presbítero Ricardo Sánchez, cura de Teuchitlán, improvisó un altar en el corredor norte de la parte de arriba de palacio. Según

cuentan testigos, la ceremonia religiosa pareció no conmover en lo más mínimo a Juárez y a sus cercanos. (Castro, 2006, pág. 54)

Concluida la misa, entre 9 y media y 10 de mañana, cesó el fuego cuando las cornetas de palacio llamaron a parlamento y las de San Agustín respondieron. Daban inició las negociaciones. Matías Romero afirma que salieron el ministro Ocampo y el general Núñez, quien se reponía del disparo que milagrosamente resistió gracias a su reloj dejándole sólo un fuerte golpe en el pecho a



Templo de San Francisco

la altura del corazón. El ministro y el general hablaron en nombre de los capturados, el coronel Pantaleón Morett, por su parte, lo hizo por los pronunciados.

Esta comitiva llegó a San Agustín, donde entabló pláticas con el gobernador Camarena. Sus integrantes pretendían darle una salida pacífica al conflicto.

La prioridad para los liberales era la vida e integridad del presidente, como quedó demostrado en más de una oportunidad. La primera tuvo lugar durante las pláticas de paz, cuando Morett le advirtió al gobernador sobre el peligro que corría el presidente. Camarena le respondió, en un tono enérgico y amenazante, que su gobierno tomaría severas represalias, dentro y fuera del recinto, si le tocaban siguiera un cabello al presidente (Verdía, 1952, pág. 23).

El temor y odio que las partes se profesaban impedía que pudieran ponerse de acuerdo; sin embargo, después de mucho discutir suscribieron una serie de puntos o proposiciones bajo las cuales quedarían libres los prisioneros y el orden sería restablecido. Estaban ocupados en estos asuntos cuando de nuevo se dejaron escuchar las detonaciones y el fuego de fusil procedente de las torres de catedral y de palacio.

La desorganización de las fuerzas liberales impedía un mando unificado en las acciones. Cruz Aedo ideó un atrevido plan para rescatar al presidente y Antonio Molina lo secundó. Formaron una columna de 160 hombres que salió de San Francisco divida en cuatro secciones que atacarían distintos puntos y después se agruparían para tomar palacio.

En su primer movimiento, los hombres de Aedo y Molina no fueron hostilizados. Marcharon con los fusiles culata arriba. Al verlos, los rebeldes no les hicieron fuego confiados en que su maniobra era pacifica o un mero ejercicio militar, tras decretarse el fin de los combates. Dos de las secciones marcharon por la calle de San Francisco, las otras dos por las aceras de la Aduana.

Por ser domingo, la gente salía y entraba de los templos. La tupida concurrencia de las calles cubrió el avance de los hombres de Cruz Aedo. Cuando éstos llegaron al punto de encuentro, a bayoneta calada arremetieron contra los rebeldes que resguardaban palacio. Los pronunciados fueron tomados por sorpresas; mas alcanzaron a disponer de sus armas y lanzaron una carga cerrada de fusil sobre los atacantes y, luchando cuerpo a cuerpo, repelieron a sus enemigos y lograron cerrar y atrancar las puertas de palacio.

Desde la azotea, ventanas y balcones de palacio y en las alturas de catedral, los rebeldes descargaron sus armas sobre los asaltantes. Las fuerzas liberales soportaron aquel diluvio de balas y parecía que no capitularían en su afán de recuperar el palacio. Al final, no pudieron sostener su ataque y se replegaron dejando en los portales, plaza de armas y calles contiguas a muchos de sus compañeros heridos o muertos; entre ellos estaba Molina, quien después sería hecho prisionero por los pronunciados (Cambre, 2006, pág. 108).

A la hora de rendir cuentas ante el gobernador, Cruz Aedo pudo decir en su descargo que nadie le notificó sobre las negociaciones; el reproche principal que recibió fue que su temeraria acción comprometió la vida Juárez y sus ministros.

Y en efecto, así ocurrió. Ante el embate de los liberales que llevaron los combates a las puertas de palacio, el pánico cundió entre los reos, a quienes los pronunciados armaron. Los soldados de línea mantuvieron la calma, la suficiente para recordar que la ejecución de los prisioneros había sido contemplada por el propio Landa; esta era la ocasión para llevarla a cabo (Cambre, 2006, pág. 108).

Desde la perspectiva de los pronunciados atrincherados en palacio, los liberales estaban procediendo con deshonestidad; habían aceptado negociar y al tiempo lazaban una nueva ofensiva. El capitán a cargo de la custodia de los prisioneros, de quien sólo tenemos su apellido (Peraza), por

órdenes o iniciativa propia, asumió el riesgo de dar cumplimiento a los planes de Landa de fusilar a los prisioneros. La ocasión lo demandaba, los soldados estaban nerviosos e indignados por el ataque y deseaban cobrarse la osadía de su enemigo.

Peraza le encomendó la ejecución a un subalterno, al teniente Filomeno Bravo. Iniciaba así, dentro de la Guerra de Reforma, un dramático y heroico episodio, que pudo darle un giro completo a la historia de México. Norberto Castro, testigo y cronistas de aquel suceso, lo describe con todos sus matices. Cuenta que tras escucharse la reanudación del fuego, dos secciones de reserva, apostadas en los corredores poniente y sur del patio, salieron en tropel, arma en mano, a la entrada de palacio; momentos después una nube de humo invadió el edificio extendiéndose hasta los salones donde estaban recluidos los prisioneros.

Exaltados por el combate, defensores y atacantes intercambiaron disparos y maldiciones. Los prisioneros podían esperar lo peor; en medio de toda aquella confusión y gritería. La guardia, a cargo de su vigilancia, se plantó frente a ellos en formación; firmes aguardaban las ordenes de Bravo de apuntar y disparar. Las palabras que marcan sentencian son pronunciadas excepto la última, la que consuma el hecho. Inesperadamente, un hombre selló con su arrojo los labios de Bravo.



Los valientes no asesinan

Fue Guillermo Prieto, quien con un desplante desesperado salvó la vida de Juárez y de todos sus acompañantes. El ministro extendió sus brazos, encaró los fusiles y arengó a los soldados con una sentencia que se ha vuelto celebre e histórica:

¡Hijos que! ¿Qué vais a hacer con nosotros? Los soldados del ejército son valientes; pero no asesinos... Somos vuestros prisioneros... somos vuestros hermanos...; respetad nuestras vidas... la humanidad lo reclama... levantad esas armas... levantad esas armas (...) (Castro, 2006, pág. 56).

Aquel intento de fusilar a Juárez y a la mayor parte de sus colaboradores cercanos fue una acción desesperada, fruto de la confusión imperante en ambas filas. Landa insinuó su intención de efectuar la ejecución, mas no precisó el momento. Peraza y Bravo tomaron la iniciativa sin consultar. Al saber del hecho, el sobresalto o

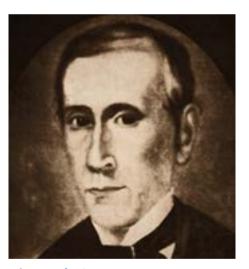
susto de Landa y Morett fueron evidentes. Los dos sabían que estaban tan atrapados y en grave peligro al igual que sus prisioneros; por eso, intentaron pactar con ellos un extraño acuerdo que les permitiera salir bien librados, a ambos bandos, de una situación fuera de control.

Morett prometió defenderlos de los reos (liberados y armados por los mismos pronunciados) si estos intentaban victimarlos; por su parte, Juárez y su gente los defenderían a ellos sí los atacantes lograban penetrar en palacio. Aquel pacto entre enemigos, por absurdo que pareciera, fue bien acogido. Los más exaltados, Prieto, el héroe de aquella jornada, Ruiz y Medina ovacionaron al 5° de línea.

Aquel intento de fusilar a Juárez y a la mayor parte de sus colaboradores cercanos fue una acción desesperada, fruto de la confusión imperante en ambas filas. Landa insinuó su intención de efectuar la ejecución, mas no precisó el momento. Peraza y Bravo tomaron la iniciativa sin consultar. Al saber del hecho, el sobresalto o susto de Landa y Morett fueron evidentes. Los dos sabían que estaban tan atrapados y en grave peligro al igual que sus prisioneros; por eso, intentaron pactar con ellos un extraño acuerdo que les permitiera salir bien librados, a ambos bandos, de una situación fuera de control.

Morett prometió defenderlos de los reos (liberados y armados por los mismos pronunciados) si estos intentaban victimarlos; por su parte, Juárez y su gente los defenderían a ellos sí los atacantes lograban penetrar en palacio. Aquel pacto entre enemigos, por absurdo que pareciera, fue bien acogido. Los más exaltados, Prieto, el héroe de aquella jornada, Ruiz y Medina ovacionaron al 5° de línea.

Landa y sus cercanos no acertaban en la toma de una decisión. Al parecer, el jefe de los pronunciados soñaba con entregar a Juárez al general Osollo y con ello alcanzar reconocimiento y prestigio en las filas de conservadores; pero le faltaba el valor para poner en riesgo la propia vida y el carisma para ordenar y disciplinar a sus hombres.



**Gobernador Jesús Camarena** 

En el otro bando la situación no pintaba mejor, Jesús Camarena demostró ser un hombre firme en sus determinaciones; pero la situación lo rebasó; el mejor ejemplo fue la temeraria incursión de Cruz Aedo la que casi le cuesta la vida a los prisioneros. Cruz Aedo pudo decir en su descargo que no estaba



enterado de las negociaciones de paz; pues el gobernador, ocupado en mil asuntos, no tuvo tiempo de nombrar un jefe que sustituyera a Núñez y coordinara las acciones militares. Con la mayor parte de los oficiales apresados en palacio, los liberales carecieron de un mando unificado en sus intentos de rescatar al gabinete juarista. Para remediar semejante carencia, Camarena nombró jefe de las fuerzas del gobierno al veterano general Juan Bautista Díaz.

A pesar del temor e indecisión de los pronunciados y la desorganización de los leales, pudieron ambos bandos acordar un nuevo cese al fuego. Matías Romero en su diario apuntó que Prieto redactó una orden de suspensión de hostilidades que luego firmó el propio Juárez (Romero, 2006, pág. 74). Por su parte, el historiador Manuel Cambre afirma que: "las cornetas de palacio contestaron al toque de San Agustín y se suspendió el fuego" (Cambre, 2006, pág. 110). Siguiendo nuevamente a Cambre y a Romero, al parecer Núñez y Morett tuvieron ocasión de salir a negociar ese mismo día y regresaron con noticias a las doce del mediodía.

Landa fue notificado de la reanudación de las conversaciones bajo mejores garantías. En representación del gobernador se presentaron Antonio Álvarez y el licenciado José González, en nombre de Landa, estuvo Morett. En la tarde, Camarena le hizo llegar a Landa el proyecto de acuerdo en todos sus puntos; dos de ellos, los primeros por cierto,

no convencieron al jefe de los pronunciados; pues le ordenaban salir, junto con sus hombres y pertrechos, a cualquier sitio de su elección cuya distancia respecto a la ciudad fuera de por lo menos diez leguas. Le remitió a Camarena una carta donde le solicitaba que dicha disposición fuera modificada o de preferencia revocada.

El gobernador no cedió. El que tuvo que hacerlo fue Landa; mas no quiso irse con las manos vacías y exigió una cantidad, presumimos que a manera de rescate, misma que, según el historiador Pérez Verdía, ya había negociado con Prieto. El ministro le explicó que en las arcas del gobierno no había un solo peso, para cubrir la suma solicitada por el jefe de los pronunciados; pero que concertarían con el cónsul de Francia, Guillermo Augspurg, un préstamo por ocho mil pesos. Landa los aceptó y dispuso su salida, acatando también el último de los puntos del acuerdo, sin duda el más importante, liberar al presidente y al resto de los prisioneros.

A la dos de la tarde del día 15, Landa y Díaz firmaron el acuerdo que daba fin a los combates, facilitaba la salida de los insurrectos y ponía a salvo al gobierno de Juárez. El capítulo quedaba cerrado de momento. El presidente junto con Ocampo, Ruiz, Prieto y Guzmán fueron trasladados por la noche a la casa del cónsul francés.

Landa dejó escapar la gloria. Juárez tuvo suerte; sus enemigos jamás volverán a tener una oportunidad semejante, a la del teniente coronel, quien abandonó la ciudad de Guadalajara el 16 de marzo por la tarde. Formó a sus soldados en columna de viaje en la calle de la aduana, aseguró bagaje y pertrechos y emprendió la marcha rumbo al sur con la intención de encontrarse con Osollo.

# Rendición y toma de Guadalajara de parte del Ejército Restaurador de las Garantías

Al día siguiente, Juárez, en compañía de sus ministros, estaba de vuelta en palacio. Prieto, cuyas oportunas palabras evitaron que la causa liberal enlutara, deseoso de dar a conocer lo ocurrido lanzó una proclama a la nación.

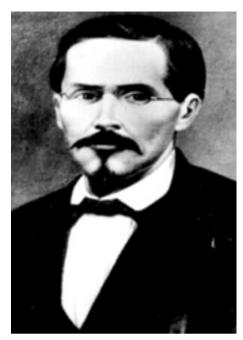
Las diezmadas fuerzas de Parrodi desfilaron por las calles tapatías esa misma tarde; a pesar de las deserciones, prisioneros y bajas sufridas en la batalla de Salamanca, aquel ejército contaba con los suficientes efectivos y recursos para vencer, de haberse requerido, a los insurrectos; lo componían:

(...) cuatro compañías del 5° que sufrieron pocas bajas, de los restos del batallón de Guadalajara que mandaba el Coronel D. Ignacio Echegaray, y que perdió en Salamanca y después la mitad de su fuerza, 80 rifleros de la policía de México, poco más de 200 caballos del 1° y de Lanceros de Jalisco, y seis cañones habiéndose perdido en Salamanca la artillería volante por falta de caballos (...) (Verdía, 1952, pág. 35)

Santos Degollado y Anastasio Parrodi Ilegaron el día 18 por la mañana. En la tarde, Parrodi recorrió a caballo la línea de fortificaciones. Es probable que el recorrido lo convenciera de lo mal preparada que estaba la ciudad para resistir el ataque del ejército conservador. Según los informes, las fuerzas de Osollo se encontraban ya en San Juan de los Lagos.

Parrodi era de la idea de no presentarle batalla al enemigo; su opinión no la compartían otros generales y oficiales, sobre todo J.N Rocha que le insistió en destruir un arco del puente de Tololotlán para entorpecer y demorar el avance de los conservadores.

Las palabras de Rocha no fueron escuchadas; ni su persona tomada en cuenta. Sin darle aviso, Juárez y Parrodi tuvieron una reunión para definir cómo proceder ante la eminente llegada de Osollo. Su exclusión de la reunión disgusto de sobre manera a Rocha, quien terminó marchándose con doscientos de sus más leales soldados y oficiales. Si



La Constitución de 1857 grabado

realmente desertó o no, es un punto del que no se tiene plena certeza. Pérez Verdía menciona que la mayoría creyó que Rocha salió a cumplir una misión encomendada por Parrodi. Se rumoraba que el general le ordenó mantener amagadas a las tropas de Landa, en los puntos por donde pasaría Juárez y su comitiva en su intento por alcanzar las costas de Colima. Esta versión también la sostiene Santoscoy.

Cierta o no, la deserción de Rocha era el menor de los problemas que agobiaban a Juárez y a sus ministros. No disponían de dinero y el cabildo eclesiástico tapatío, el único con la solvencia necesaria para financiar al peregrino gobierno de juarista, no quiso pagarle a éste una vieja deuda de 90 mil pesos que le sería reducida a 40 mil.

Las puertas de catedral estuvieron

cerradas para los cobradores liberales; los prelados y clérigos no iban incurrir en el absurdo de solventar económicamente a los juaristas, sus enemigos, y menos cuando no todo indicaba que la causa que ellos sostenían naufragaría ante el empuje de las armas conservadores, las que, por el contrario, mostraban respeto y lealtad a la Iglesia.

Con un general en jefe ofuscado por la derrota y sin ímpetus para combatir; escasos de dinero, tropas y pertrechos, a los liberales no les quedaba más alternativa que dejar la ciudad.

El 19 se toma la decisión. Parrodi no aceptó el nombramiento de ministro de guerra extendido por Juárez y de seguro rechazó también el de jefe del ejército federal, mismo que después recayó en Santos Degollado; pero, permaneció en Guadalajara.

El tiempo apremiaba, el lugar no era seguro. Parrodi opinaba que el gobierno no debía exponerse de nuevo a los azares de la guerra, y que debía situarse en un punto en que tuviera mayor seguridad (Santoscoy, 2006, pág. 198)

El día veinte, por la madrugada, con el mayor sigilo, Juárez, su gabinete y algunos empleados partieron acompañados de una reducida escolta conformada, según Santoscoy, por: 70 hombres del batallón de



policía de México y 30 de caballería al mando del coronel Francisco Iniestra. El plan era llegar hasta Colima y embarcarse en el puerto de Manzanillo.

Cumplida la primera jornada de camino y sin pasar de momento ningún contratiempo, el presidente y demás acompañantes llegaron a Santa Ana de Acatlán. Recorrieron doce leguas. Se hospedaron en el mesón de la localidad; mas no fue aquella una oportunidad para descansar o recuperarse del viaje; el enemigo asechaba y les daba alcance. De nuevo era Antonio Landa, a quien el destino o la suerte le otorgaban la oportunidad de liquidar al gobierno juarista.

En efecto, Landa y sus 600 hombres recorrían la zona con la intensión de encontrarse con Osollo. Sorpresivamente se toparon con aquellos viajeros que resultaron ser el presidente en persona, sus ministros y una pequeña escolta. Rodearon el mesón.

Al disponer de un mayor número de hombres, Landa tenía una "mano segura"; Juárez lo sabía y dando muestras de valentía y abnegación le propuso a sus acompañantes que lo entregaran para evitar una confrontación desigual y por tanto desfavorable. Nadie aceptó; prefirieron exponer la vida y correr la suerte del presidente antes que actuar con cobardía.

El oficial al mando, Iniestra, organizó a sus hombres para resistir a Landa. Ordenó que ocuparan el templo que estaba enfrente del mesón y de una casa contigua.

A las cuatro de la tarde inició el ataque. Landa efectuó tres asaltos; en el último de ellos sus fuerzas avanzaron lo suficiente para intimidar a los defensores, al grado que varios empleados estuvieron a punto de huir a caballo; pero los carabineros de Iniestra lograron salvar la situación. A las ocho de la noche cesó el fuego. Landa no estaba derrotado ni el gobierno juarista a salvo.

Defensores y atacantes tomaron un respiro. La fatiga y la oscuridad lo demandaban. El mesón ya no resultaba un lugar seguro. Rocha, el supuesto desertor, se encontraba a una distancia considerable para ir auxiliar a Juárez y a sus acompañantes. En cambio Osollo, cuyas fuerzas estaban a una distancia de siete leguas de la capital tapatía, podía de un momento a otro enviar una columna de caballería que socavaría toda defensa, por tenaz que fuera. Los juaristas debían jugarse el todo por el todo: intentar romper el cerco y escapar del lugar lo antes posible.

Por increíble que parezca, Juárez y sus ministros se salvaron nuevamente del acoso de Landa y éste no supo aprovechar esta segunda oportunidad para darle un giro radical a la contienda entre liberales y conservadores. A las doce de la noche, al amparo de la penumbra, salieron los liberales del mesón

temerosos de que en cualquier momento salieran a su encuentro los insurrectos, lo cual jamás ocurrió. Probablemente Landa no los advirtió o simplemente decidió replegar sus fuerzas ante la zozobra de ser atacado por Rocha, quien, como ya lo mencionamos no estaba en posibilidades de auxiliar a sus compañeros.

El 23, después de tres días de camino, el presidente y su comitiva se encontraban en Sayula; allí los alcanzó Rocha. La presencia de Rocha y de sus soldados le daban mayores garantías a Juárez de concluir el viaje hasta Colima; destino al que llegaron después de



Acatlán de Juárez

hacer una escala en Zapotlán. En Colima supo el presidente que Parrodi había capitulado sin combatir.

Según cuenta Pérez Verdía, Parrodi celebró que Juárez y sus ministros se

encontraran a salvo; al parecer, después del descalabro de Salamanca, era una de sus dos prioridades; la otra era capitular de la forma más honrosa.

Las fuerzas de Osollo se encontraban cerca. La primera brigada, llamada Miramón, había llegado a Zapotlanejo. Parrodi convocó a junta a todos los jefes de los destacamentos emplazados en Guadalajara y los instó, dada las circunstancias, a pactar la rendición.

Parrodi venía de un severa derrota, los defensores de Guadalajara, por el contrario, había salido airosos en su enfrentamiento con los pronunciados; estaban, sin duda, de mejor ánimo para continuar combatiendo. Contreras y Cruz Aedo intentaron persuadir a Parrodi para evacuar la plaza y replegarse al sur. Parrodi les contestó, con cierta altivez militar "que él no sabía hacer la guerra de bandidos" (Verdía, 1952, pág. 37).

Contreras y Cruz Aedo prefirieron la "guerra de bandidos" que rendirse al enemigo. Salieron con 300 de sus hombres: el primero por Mexicaltzingo y el segundo por la garita de Zapopan; durante su marcha se les unieron otros oficiales liberales.

Mientras tanto, el día 21, el general Miguel Miramón, joven militar destinado a jugar un papel protagónico en la presente

guerra, arribó a San Pedro y antes de que diera cumplimiento a la orden de trabar combate, las autoridades militares que ocupan la plaza lo instaron a firmar un armisticio. Por la tarde, el general conservador ubicó a sus tropas en Analco: "(...) empezando luego un repique en aquella iglesia, que siguió luego por los templos inmediatos e iba a darse en catedral cuando Parrodi mandó decir que fusilaría a quien tocase las campanas" (Verdía, 1952, pág. 38).

El general Osollo llegó a San Pedro al día siguiente. Parrodi mandó suspender las obras de fortificación y empezó las negociaciones con el enemigo; le remitió al general Núñez un oficio indicándole que contactará con el cónsul de Prusia, Teodoro Kunhardt para que juntos fueran con Osollo a proponerle un armisticio de 48 horas: "a fin de tratar en ese tiempo de resolver la contienda pacíficamente y con decoro". (Cambre, 1949, pág. 73).

El vencedor de Salamanca se presentaba con el grueso de su ejército a excepción de la brigada Casanova que traía artillería pesada. El 23 firmó la rendición de la plaza; en el documento asentó: 1) que no serían perseguidas las personas que colaboraron en el sostenimiento de la Constitución de 1857 hubiesen servido o no en el ejército federal; 2) a los militares constitucionalistas les serían reconocidos sus nombramientos y grados siempre y cuando hubiesen sido obtenidos

legítimamente; además generales y oficiales recibirían un salvo conducto, del general del Ejército Restaurador, para poder trasladarse



Foto del general Luis G. Osollo

a la Capital de la República, a rendir cuenta ante el gobierno conservador o para dirigirse a cualquier otro punto; 3) el ejército, antes a las órdenes de Parrodi, quedaba a disposición de Osollo junto con todos sus pertrechos de guerra. Y finalmente 4) se hacían extensivas las concesiones de este convenio a las fuerzas federales que operaban fuera de Guadalajara por un plazo de quince días. El general que no quiso rebajarse a emprender una guerra de bandoleros (o de guerrillas) no encontró comprensión ni perdón entre sus compañeros de causa; el entregarle la plaza y todos efectivos bélicos al enemigo

fue visto por el gobierno juarista como acto cercano a la traición; echando por tierra una prestigiosa carrera militar, Parrodi salió con rumbo a México; ya no volvería a figurar en ninguna batalla, su lugar lo ocuparía una nueva generación de liberales sin instrucción castrense que aprenderán sobre la marcha el oficio de las armas.

Concluía así este episodio histórico. Los jóvenes generales conservadores, Osollo y Miramón, ocuparon, el 23 de marzo de 1858, la capital del estado teniendo en la mira librar nuevas batallas hasta alcanzar la victoria final que, para aquellas fechas, no parecía lejana. Juárez, en cambio, al tanto de los avances del enemigo, se embarcó en Manzanillo, con sus principales colaboradores, en un buque comercial de nombre John L. Estephens que lo llevó al puerto de Acapulco.

## El amago liberal a la ciudad de Guadalajara y la batalla de Atenquique

El día 23 de marzo ingresó triunfante el Ejercito Restaurador de las Garantías a la ciudad de Guadalajara. Ningún triunfo militar es efectivo ni concluyente sin una toma formal del poder; sin la conformación de un gobierno que haga efectivos, desde el Estado, las ideas y causas que animan la lucha de los hombres de armas. Viendo a los ejércitos liberales en franca retirada; dispusieron los conservadores del tiempo y de la tranquilidad para convocar a una junta de notables que representara a cada uno de los cantones del estado; y cuya tarea urgente fue nombrar gobernador. Dos candidatos contendieron. José Palomar obtuvo ocho votos y con cuatro más le ganó la designación Urbano Tovar. (Verdía, 1952, pág. 39)

Para la reacción dejar un general gobernando en cada estado conquistado resultaba una medida impopular y poco práctica; aún tenía el Ejercito restaurador una guerra por ganar; no podía distraer a sus militares de alto rango en asuntos políticos. Las armas conservadoras habían triunfado en una batalla, una importante; pero el enemigo reponía fuerzas y reagrupaba efectivos en los estados del norte y en el sur de Jalisco.

Osollo nombró comandante general del estado al general Francisco García Casanova dejando a sus órdenes una brigada y dispuso su salida de la ciudad con rumbo a la capital



Foto del general Tomás Mejía

para el 2 de abril; se le anticiparon, el día 29 de marzo, el general Tomás Mejía quien enfiló con la caballería hacía el oriente; y las brigadas Miramón y Manero cuyo destino eran los estados de Zacatecas y San Luis Potosí. En estas regiones debían contener las incursiones de las gavillas y de los contingentes del general liberal Santiago Vidaurri, gobernador de Coahuila y Nuevo León. El frente norte resultaba decisivo en la disputa; los estados fronterizos seguían fieles a Juárez y sus áridas tierras les resultaban incómodas a los soldados conservadores procedentes del centro y bajío de México. Para terminar de desarticular y de dividir al ejército vencedor en Salamanca, el general Pérez Gómez, junto con su brigada, salió al último con rumbo a Michoacán, vía la Barca.

Cabe mencionar que los bandos beligerantes poseían bases sociales números



Templo de Mascota Jalisco

y fieles; liberales y conservadores decían, por igual, luchar por el pueblo de México y tenían cada cual los suficientes simpatizantes para sostener y legitimar su lucha. En el caso de

Jalisco, muchos quisieron festejar la toma de la ciudad por parte de los conservadores. En Mascota, la tarde del 17 de marzo, un grupo de personas, encabezadas por Mariano Arriola, le pidieron permisos a sus autoridades políticas para festejar que en Guadalajara la causa de la religión había ganado; de seguro dichas autoridades militaban en el bando liberal dado que les negaron el permiso; que al final no necesitaron, pues las campanas repicaron, la música sonó y los cuetes iluminaron los cielos nocturno en aquel poblado celebrando el triunfo de la reacción (Cambre, 1949, pág. 77).

Igual de contento que el pueblo estaba el clero; el orden constitucionalista que los obligó a deshacerse de muchos de sus bienes, vendiéndolos de forma obligada, sucumbía y perdía terreno con cada plaza conquistada por la reacción. Así ocurrió en Guadalajara; la abolición de la Ley Lerdo, decretada por Félix Zuloaga, urgido por el propio Papa, también se hizo efectiva en el Estado por órdenes del gobierno de Tovar. Promesas que estrechaban alianzas eran cumplidas. En promedio y de buena fe, el soldado conservador creía complacer a Dios atendiendo las demandas de la Iglesia. Este misticismo militar hacía de la guerra un suceso menos profano, lo elevaba al rango de cruzada, de guerra de religión. Por eso los templos lucieron abarrotados de devotos que asistían a novenarios y triduos para agradecer los avances de las armas

El Tiempo Jalisco — conservadoras; siendo la más notables de todas estas ceremonias la que tuvo lugar en la iglesia del Santuario de Guadalupe (Cambre, 1949, pág. 82).

Cabe preguntarse si algún devoto le encendía al santo de su devoción alguna veladora rogando por la salud y la seguridad de Juárez y de sus ministros; parecía que no. Los favores del cielo eran para el bando contrario. Mas la suerte no estaba del todo en su contra, el Presidente constitucional, para su fortuna, no fue, por un error de cálculo político, la prioridad de Osollo; quien podía haber herido de muerte la causa liberal dejándola acéfala aprendiendo a Juárez y a su gabinete. No sin apuros, pudo el Benemérito evadir la persecución de sus enemigos. Y como ya se mencionó, llegó hasta Colima donde, tras enterarse de las negociaciones de Parrodi, nombró un nuevo general en jefe del ejército federal y ministro de guerra. El hombre de su elección fue Santos Degollado, a quien relevó de su antiguo cargo de ministro de gobernación. Degollado no ganaba batallas pero levantaba de la nada ejércitos de hombres mal armados y peor instruidos dispuestos a seguir lealmente, al fracaso militar, al también apodado "Héroe de las derrotas".

El día catorce de abril, la briza marina alborotaba la lacia cabellera, del adusto Presidente que, junto con sus ministros, se despedía del puerto de Manzanillo y ponía



Foto antigua del Puerto de Manzanillo

pie a bordo del vapor John L. Stephens. Al día siguiente, la nave arribó al puerto de Acapulco; de allí partió Juárez y su comitiva a Panamá. Atravesaron el istmo, en un viaje que se prolongaba ya varios y días; en Colón abordaron otro vapor, el Granada, el cual los llevo a la Habana, Cuba; de allí enfilaron para Nueva Orleans a bordo del vapor Filadelfia; finalmente tomaron el vapor Tennessee que los llevó a su destino final, el puerto de Veracruz, a donde llegaron a principios del mes de mayo.

Mientras Juárez abordaba transbordaba de un vapor a otro, la guerra seguía su curso. Así como en la república había dos presidentes: resultantes estado de polarización política y militar que afectaba a la nación entera: también en lo local, los bandos contendientes desconocían a los gobiernos emanados y sostenidos por el enemigo. El último gobernador liberal de Jalisco, Jesús Camarena ya no estaba en funciones; obligaba que el suplemente nombrado por la legislación local, el General Ogazón, asumiera en su lugar el cargo; mas no lograba concretarse el cambio de mando por los apremios de la guerra. Dando cumplimiento a las disposiciones del presidente, el general marchó rumbo a Ciudad Guzmán. Llegó a la plaza el cuatro de abril; y al día siguiente asumió formalmente el cargo de gobernador de Jalisco. Ciudad Guzmán y Guadalajara se convirtieron en sedes del gobierno: la primera del Jalisco liberal y la otra del conservador. Dueño del sur del Estado, Ogazón:

...comunicó a los gobernadores de los estados y a todas las autoridades de Jalisco, señalando como lugar de la residencia del gobierno local a Ciudad Guzmán, cabecera del noveno cantón de Jalisco. (Cambre, 1949, pág. 85)

El Jalisco de los conservadores, con arreglo al modelo centralista favorecido por la reacción, cambió su denominación política; por disposición de Tovar, dejó de ser estado para convertirse en departamento; a la par, se nombró un consejo de nueve notables que representarían al pueblo de Jalisco y harían gobierno con el titular del poder ejecutivo; entre ellos estaban personalidades como José Palomar, José María Nieto, Manuel López Cotilla, José Vallarta...

Además del clero local, los conservadores

tenían otro importante aliado en la región, la Casa Barrón y Forbes. Ésta, la principal operadora comercio marítimo del San Blas, tenía ya una añeja historia de rencillas militares y forcejeos políticos con las administraciones liberales Siendo gobernador Santos Degollado, logró este emporio comercial que lo destituyeran por oponerse a sus planes de separar Nayarit, el Séptimo Cantón, del resto del Estado; animando esta causa, apoyaron también el levantamiento indígena de Manuel Lozada, el famoso Tigre de Álica, enemigo declarado de quien llegaría a ser el militar liberal más destacado del occidente del país, el General Ramón Corona



**General Manuel Lozada** 

Mientras tanto, en el sur de Jalisco los liberales reunían nuevas tropas y preparaban ofensiva una para tomar Guadalajara. Nuevas batallas estaban por librarse; conservadores y liberales reunían y desplazaban importantes contingentes. Incansable, el general reaccionario Miramón marchaba para Zacatecas y luego corría para San Luis Potosí; su proximidad al primero de estos estados intimidó a su gobernador, José María Castro, quien evacuó la plaza. También San Luis Potosí requería de su auxilio; los conservadores mantenían dicha plaza al alba de un ataque de los temibles norteños de Santiago Vidaurri. Esta combativa fuerza pronto encararía a Miramón propinándole uno de sus primeros descalabros militares.

El día 17 de abril el general conservador remontaba la última jornada para llegar por fin a San Luis Potosí. Aprovechando el sigilo de la oscuridad, salió a las tres de la mañana adentrándose por territorio peligroso y hostil; en efecto, a mitad de camino, las tropas conservadoras debían atravesar una prolongada cañada flanqueada, por ambos lados, por cerros; era el lugar perfecto para una emboscada. Y así ocurrió, en aquel lugar bautizado como Puerto de Carretas. Una Iluvia de balas cayó desde lo alto. Los rifleros del Norte, a los órdenes de Zuazua practicaron tiro al blanco con los hombres de Miramón. (Cambre, La guerra de los tres años, 1949, pág. 91)

Diez días después, estos tres mil rifleros repetían la hazaña. Tomaron la ciudad de Zacatecas abatiendo a una fuerza de ochocientos reaccionarios, parapetados en el cerro de la Bufa. Entre los defensores de la plaza estaba el captor de Juárez, el coronel Landa en compañía del general Manero y de los oficiales Aduna, Gallardo y Drechi. El general y el coronel fueron confinados en el Hotel Francés. Landa podía esperar lo peor; los liberales no le iban a perdonar su traición. Al día siguiente, por mera formalidad, en juicio sumario, los prisioneros fueron sentenciados a muerte. Los encapillaron en el Instituto, y el 30 tuvo lugar la ejecución.

Con estas ejecuciones se rompió por vez primera, en aquella fratricida guerra, uno de los códigos militares, el de respetar la vida de los prisioneros; el bando contrario no tardó en imitar aquel punitivo ejemplo (Verdía, 1952, pág. 40).

Hubo una excepción, una sola, el Capitán Filomeno Bravo salvó la vida por una indulgencia del propio Presidente. Como se recordará, el capitán dirigió, en el palacio de Guadalajara, el paredón de fusilamiento que a punto estuvo de ejecutar a Juárez de no haberlo persuadido de lo contrario Guillermo Prieto con su arenga: "los valientes no asesinan..."; el Benemérito le correspondió su clemencia, ordenándole a Zuazua que



**General Zuazua** 

lo perdonara y liberara; en el nota escrita a lápiz en la que giró la orden se podía leer la siguiente frase: "reciprocidad en la vida" (Verdía, 1952, pág. 41).

Salamanca no fue la tumba de la causa liberal; los ejércitos constitucionalistas estaban a la ofensiva y tenían en la mira los estados de Jalisco y San Luis Potosí. Guadalaiara punto estratégico era un prioritario en el plan de guerra de los defensores de la Constitución. Su conquista les daría el control militar y económico del occidente del País. Aunque sin socorrerla con suficiente efectivo. los conservadores estaban dispuestos a luchar hasta el último hombre en su afán de conservar tan importante plaza. Por los campos de Jalisco volvieron a marchar a los soldados. Nuevos combates estaban por ser librados. Desde Colima, Santos Degollado dispuso la movilización de sus fuerzas con

rumbo a la capital tapatía. El avance comenzó por el sur, a cargo de la brigada Rocha, cuyo primer objetivo era ocupar los poblados de la región; cerrando la pinza en el amago a la ciudad, marchó la brigada Iniestra por el poniente; este desplazamiento de tropas fue realizado con apego a una estrategia que permitiría su repliegue a la barranca de Beltrán en caso de una retirada.



**General Zuazua** 

Poca resistencia ofrecieron en el sur los conservadores. El plan liberar marchó sin contratiempos. Degollado ordenó concentrar

El Tiempo Jalisco — todas sus fuerzas en Zacoalco de Torres y reforzó su contingente con tropas traídas de Michoacán. El ataque a Guadalajara era inminente. Dispuso el general tomar Tlaguepague y de allí comenzar el amago a la ciudad. Su defensor, el general Casanova no había actuado a tiempo impidiendo o por lo menos entorpeciendo la concentración y avance del enemigo; a contra reloj organizó a sus hombres para resistir la embestida liberal; mandó fortificar la plaza; convocó a servicio a todos militares so pena de muerte a quien no se presentara inmediatamente; reclutó entre la población nuevos soldados y decretó una ley que condenaba al paredón a cualquiera que



**Hospicio Cabañas** 

le prestara algún tipo de auxilio al enemigo. La espartana y conservadora Guadalajara le mostraba los colmillos a sus atacantes: Casanova logró reunir dos mil 300 hombres más los voluntarios; su escasa artillería la conformaban dos cañones de batalla más dos de montaña: estos números eran insuficientes para enfrentarse a los ejércitos de Degollado. El día 10 de mayo declaraba la ciudad en estado de sitio: "y en consecuencia quedaban suspendidas las funciones de todas las autoridades políticas y judiciales".

El día cinco de junio comenzaron las hostilidades; los liberales marcharon en columnas paralelas rumbo a Guadalajara por los caminos de San Pedro y San Andrés. Soportando el nutrido fuego de artillería y fusil de los conservadores, los constitucionalistas lograron apoderarse del Hospicio Cabañas, donde establecieron su cuartel y cede del gobierno del Ogazón; también tomaron otros edificios por los rumbos del norte y el oriente; quedaron dueños del Santuario y del San Juan Dios

Era habitual que los macizos templos tapatíos construidos en tiempos de la colonia sirvieran de fortines; era esta una especie de secularización obligada por la guerra; la secularización de la pólvora y la metralla; estos lugares hechos para el culto y la oración terminaron reducidos a escombros después de soportar los fragores de interminables batallas. El templo de Santo Domingo cayó en manos de Rocha; igual hazaña realizaba Contreras Medellín apoderándose de Santa Mónica. (Verdía, 1952, pág. 49)

San Diego también era tomada por los atacantes; sumando victorias, los liberales dominaban por las alturas la línea fortificada del Norte; entre ellos las tropas de Casanova

mediaban sólo la plazuela de Santo Domingo y la calle vecina. Faltaba dar el asalto final; la última estocada para concluir la faena.

Con algo de retraso, el mando central conservador se acordó de Guadalajara y tomó providencia para auxiliarla; con premura marchó en su socorro Miramón al frente de una hueste de cuatro mil soldados y catorce cañones que avanzaban por Venta de Pegueros, a tres jornadas de distancia. Al tanto de dicho movimiento, Degollado estaba en la disyuntiva de forzar la rendición de la plaza con un nuevo y definitivo asalto; o salir a combatir a Miramón Calculó el Héroe de las derrotas que las fuerzas de Casanova resistirían un nuevo ataque parapetados en los fuertes conventos de San Francisco, San Felipe y Santa María de Gracia; además estarían esperanzados y motivados por la proximidad de Miramón. Rocha y Blanco eran de la opinión de enfrentar a Miramón. Degollado disentía temiendo que tal decisión lo dejaría con el enemigo de frente y a la espalda; así que decidió levantar el estado de sitio y replegar su ejército a sus posiciones fortificadas en la barranca de Beltrán. En las primeras horas del día 21 de junio, las tropas liberales formaron columnas de viaje y marcharon por la garita de San Pedro; las fuerzas de Casanova les dieron la despedida con pocos disparos de cañón (Cambre, 1949, pág. 110).

Le quedaba el paso libre a la ciudad al "Joven Macabeo" (así podaban sus seguidores y enemigos a Miguel Miramón); a los dos días de la retirada de los liberales, sus soldados marcharon por las calles tapatías luciendo una vestimenta que reflejaba su declarado clericalismo; portaban: "una cruz roja en el pecho sobre el corazón, sobrepuesta la insignia en la vita o piquete del uniforme azul que usaban los infantes y dragones respectivamente..." (Cambre, 1949, pág. 112).

Gozando de la hospitalidad tapatía, Miramón recibió una noticia de suma trascendencia para su carrera militar y para el curso que tomaría la guerra: el general Osollo fallecía sorpresivamente en la Ciudad de San Luis, la tarde del 18 del mes de junio, víctima de una fiebre: "Miramón ordenó se hicieran los honores fúnebres a Osollo... al romper el alba tres cañonazos disparados en la plaza de armas anunciaron a la ciudad que era el día señalado para honrar al difunto..." (Cambre, La guerra de los tres años, 1949, pág. 112). Sin Osollo, el mando y el liderazgo de las armas conservadoras recayeron, casi por completo, en el "Joven Macabeo"; mucho le hubiera servido a la causa reaccionaria el contar no con uno, sino con dos grandes generales capaces de sobrellevar entre ambos el peso de la guerrera; pero no fue así. Miramón cumplió rindiéndole los debidos honores fúnebres a su compañero; pero debía proseguir con la campaña. Los liberales había

realizado una retirada estratégica y seguían activos y al asecho.

Para combatirlos, disponía de una fuerza de más seis mil hombres bien equipados, con numerosos trenes de artillería y parque. Ocupados en defender Guadalajara, los conservadores descuidaron otras plazas; el 29 de junio, de nueva cuenta Zuazua alcanzaba la victoria al tomar San Luis Potosí: "A las nueve de la mañana del día treinta se procedió al ataque y después de cuatro horas de lucha fue tomada la plaza de San Luis Potosí...". (Cambre, 1949, pág. 113)

Mientras tanto. Miramón salía el día dos julio de Ciudad Guzmán para enfrentar a las fuerzas de Degollado apertrechadas en la barranca de Atenquique: alcanzó el borde de dicha posición a las once de la mañana e inició el ataque. Movió sus tropas hacía la izquierda de la entrada y formó en batería sus cañones al fondo de la barranca. Dispuso que 200 hombres descendieran: Una fuerza como de doscientos reaccionarios descendieron al fondo de la barranca, la hacen detenerse las balas liberales y la desorganizan. Sucesivamente bajan tres columnas de infantería, a las órdenes del Coronel Francisco Vélez: atacan decididamente las posiciones que defienden los liberales desde el plan. El ataque es vigoroso, la resistencia obstinada; pero los liberales ceden terreno que palmo a palmo van conquistando sus contrarios... (Cambre, 1949, pág. 115)

Una fuerza como de doscientos reaccionarios descendieron al fondo de la barranca, la hacen detenerse las balas liberales y la desorganizan. Sucesivamente bajan tres columnas de infantería, a las órdenes del Coronel Francisco Vélez: atacan decididamente las posiciones que defienden los liberales desde el plan. El ataque es vigoroso, la resistencia obstinada; pero los liberales ceden terreno que palmo a palmo van conquistando sus contrarios... (Cambre, 1949, pág. 115).

